

dar fuerza y énfasis á la espresion. Casi siempre son adverbios, que colocados en tal ó tal lugar de la frase, dan á entender mas de lo que significan en sí mismos. Cuando decimos: *como sucedió allá en Egipto—Confiesa, si, su delito.—Trato ya de vivir—Esto, si, que es sufrir—Pues, no bastan dos?—Qué! hemos de padecer siempre?—Y, no podrá venir?—Ya no nos veremos!* bien pudieran omitirse todas estas voces *allá, si, pues, y, ya;* pero la frase quedaria sin aquella fuerza de sentido que saca de estas partículas elípticas. Dice *allá en Egipto*, es decir, en aquel pais remoto Egipto: *Confiesa, si, su delito*, lo mismo que confiésalo sin rebozo: *Trato ya de vivir*: esto es, veo que es tiempo de tratar de vivir: *Esto, si, que es sufrir*, esto es mucho sufrir. Pues, *no bastan dos?* quién dirá que no bastan dos? *Qué! hemos de padecer siempre?* tengamos confianza ó esperanza de no padecer siempre. *Y no podrá venir?* Será posible que no venga? *Ya no nos veremos!* no hay esperanza de vernos mas.

Honestidad de las palabras.—La decencia oratoria destierra de la elocucion todas las palabras obscenas, todas las locuciones torpes, é indecentes. Aquí es donde se muestra la delicadeza del escritor para escoger las mas honestas y puras, no solo en su significacion, sino en su sonido, que sin oscurecer el pensamiento oculten su fealdad y suavicen la espresion. Habiendo de nombrar las *tetas*, diré los *pechos*; en vez de *papo*, diré *papada*; en vez de *vergüenzas* diré *pudendas*, pues para dar un velo á las voces demasiado desnudas, es oportuno latinizarlas. La perifrasis, ú otro tropo bien manejado, será

un gran recurso en estos apuros. *El importuno triunfó de su resistencia*, dice un autor, por no decir la *forzó*. Con este comedido y mesurado rodeo de palabras esconde el autor la descripción de un hecho deshonesto.

En la clase de las palabras deshonestas entran todas las que significan objetos que naturalmente cubrimos y escondemos de la vista de las gentes; y estas se han de declarar con nuevos y apartados modos de decir como: No conoció muger en su vida, por no usar de otra palabra mas cercana que signifique lo que queremos dar á entender.

En la clase de sucias entran las que representan las necesidades ó dolencias corporales, que se han de disfrazar con otras metafóricas, ó de cualquier suerte trasladadas. En este punto es loable la costumbre de los médicos, cuando no se apartan del Diccionario de la facultad, y este es el solo que debe consultar todo escritor en tales casos.

PARTE SEGUNDA.

DEL ESTILO.

Antes de discurrir sobre los tres géneros del estilo oratorio, trataremos de las calidades del estilo en general, que constituyen la segunda parte de la elocucion; cuales son, *orden, claridad, naturalidad, facilidad, variedad, precision, y decoro.*

El estilo en general es aquel aire ó forma con que el escritor ú orador declara sus pensamientos; y en esto se diferencian, y se retratan, como en la fisonomía, las personas. Así vemos que uno

es *fluido* y otro *duro*; uno *conciso*, y otro *difuso*; aquel *claro*, y este *oscuro*, etc. Todo estilo debe ser correcto, puro, preciso, y natural; mas el oratorio pide elegancia, grandeza, y dignidad. En el conjunto de todas estas calidades se cifra el talento y mérito del buen escritor.

El estilo, que es el alma en todos los géneros de elocuencia, distingue al orador del filósofo y del historiador: porque, como dice un célebre autor, el filósofo debe sentir y pensar, el historiador pintar y sentir; y el orador sentir, pensar, y pintar. Al primero bástale el raciocinio, las imágenes al segundo; mas el tercero no puede alcanzar su fin sin los afectos.

No hay un estilo solo para ser elocuente; se puede serlo en todos. No confundamos los estilos con los vicios del estilo, ni el estilo fundado en las reglas generales del arte con el característico de cada autor; ni tampoco las especies con los géneros. Pueden muy bien tres oradores, tres historiadores, tres filósofos, tener cada uno de ellos su diferente estilo, que forme su carácter particular, y les haga dignos de fama y aplauso, porque no se desvian del camino de la perfección, aunque toman diferentes sendas.

No quiero decir por esto, que la claridad en la espresion forma un estilo por sí, porque todo estilo debe ser claro; del mismo modo que la oscuridad, la afectacion, la redundancia, tampoco constituyen estilo, pues son vicios, y no calidades. Estas se toman siempre en buena parte y solo ellas dan nombre y clase á las especies de espresarse, como estilo *nervioso*, *florido*, *sencillo*, *natural*, *correcto*, *vehemente*. Las calidades opuestas no las define ni cuenta el arte como

prendas, sino como defectos. Así, pues, no hay estilo lánguido, ni estéril, ni desaliñado, ni afectado, ni incorrecto, ni frio; los lunares no realzan la hermosura como en algunas mugeres; son manchas que la deslustran y afean. Así se suele decir, en recomendacion del estilo de un autor: es sencillo sin *desaliño*, conciso sin *oscuridad*, elegante sin *afectacion*, en prueba de que se mira como muy espuesta la virtud del estilo á ser manchada por algunas sombras. No confundamos las espresiones hinchadas y gigantescas con la sublimidad; las cadencias demasiado sonoras y compasadas con la armonía, los equívocos, retruécanos, y paranomásias con la gala del lenguaje; y lo insuave ó desmayado de las palabras con la sencillez y naturalidad.

Coordinacion oratoria.—En toda composicion es inútil mostrar al discurso de los lectores muchas cosas, si estas no se le muestran con cierto orden. De este modo, acordándonos de lo que hemos oido ántes, empezamos á imaginar lo que oirémos despues; y entónces nuestro entendimiento se complace, digámoslo así, de su capacidad y penetracion. A este orden general, necesario en cualquier género de estilo, añade la elocuencia el orden y colocacion de las palabras, llamada *coordinacion oratoria*, de la cual saca la frase cierta energía, grandeza, y aire de novedad, que no siempre se puede definir.

No es pequeño primor ordenarlas con tanto tino y artificio, que siendo en su uso y significacion comunes, se hagan singulares por su sola colocacion. Del lenguaje ordinario al oratorio á veces consiste toda la diferencia en esta corta alteracion gramatical, que, sin quebrantar la

sintáxis, da tanto valor y espíritu á la espresion. Nadie podrá creer el diferente valor de un término colocado en este, ó en el otro lugar de la frase. Esta feliz alteracion comunica á la sentencia cierta viveza, cierto énfasis que no nace de la propiedad, ni de la fuerza de las palabras, sino del lugar que ocupan.

En todos los idiomas el orden de las palabras sigue el orden natural de las ideas, en unas con mas rigor, y en otras con ménos, como efectos de su diferente índole. Este orden natural, muy apreciable para la claridad y sencillez en las materias didácticas, observado con exacta uniformidad, forma un estilo lánguido, frio, y atado. Mas la elocuencia, que puede sin quebrantar las reglas de la gramática, y de la lógica, trocar ó interrumpir el curso de los conceptos, saca la oracion de su paso llano y ordinario, y la da otro sentido y energía solo con la trasposicion de las palabras. Esta es la que da forma oratoria al estilo comun ó natural; y esta trasformacion se obra sin quitar ni añadir á la sentencia una palabra, ni cambiarla con otra mas ilustre ni magnífica.

Para ver el distinto efecto que hace el orden natural, ó el artificial ó inverso en la oracion pondremos algunos egemplos, y sea el primero este por un orden sencillo: *Las primeras obligaciones del hombre son justicia y verdad; y sus primeras afecciones humanidad y patria.* Orden inverso para la forma oratoria: *Justicia y verdad son las primeras obligaciones del hombre; humanidad y patria, sus primeras afecciones.* ¡Cuán distinta fuerza y energía reciben las palabras *justicia y verdad*, puestas aquí en un modo demostrativo, y como emblemático á la cabeza

de la frase! Sea el segundo egemplo de la impresion que puede causar colocada en un lugar señalado de la frase, la siguiente: *Romanos! Qué fuerza no tuvo esta palabra en boca de Cesar! apaciguó una legion.* Digase por un orden comun y natural: *¡Qué fuerza no tuvo en boca de Cesar esta palabra: Romanos! que apaciguó una legion!*

Hay ciertas palabras que tienen en su significacion una particular fuerza, y que por esta misma razon deben ocupar en el periodo un lugar señalado, y muy visible. En las quejas que Clitemnestra dirige á Agamemnon, le dice de esta manera: *Esta sed de reinar inestinguibe; la soberbia de tener veinte reyes que te sirven y te temen; todos los derechos del imperio, confiados en tus manos: cruel! á estos dioses sacrificas!* La palabra *cruel* está puesta de tal modo en su debido lugar para el efecto, que perderia su valor en otro cualquiera. El ánimo movido de indignacion, de horror, de celos, de despecho, ó de otra cualquiera pasion, se debe suponer agitado y combatido de afectos opuestos que mudan á cada instante el orden de los pensamientos y de las palabras. Los oradores y escritores hábiles, para imitar estos movimientos de la naturaleza, se sirven de esta artificiosa trasposicion, llamada *hipébaton* por los retóricos. Y con verdad se puede decir, que jamas sube el arte á mas alto grado de perfeccion como cuando se equivoca con la naturaleza. *Ó! tú, cuyas lágrimas ablandaron la dureza de este honesto corazon mio!* decia una burlada doncella á su infiel amante: toda la ternura de esta exclamacion está en el pronombre *mio* con que concluye. Habiendo dicho de *mi honesto corazon*, no habria blandura,

ni mocion, porque aquel *mío* en el final encierra gran énfasis en boca del dueño de aquel corazón, como si dijéramos, un recuerdo amargo, un dulce arrepentimiento, y un motivo de compasión de la pena que padecía. Cervantes la hizo hablar así; no sabemos si por estudio, ó si por instinto; aunque yo sospecho fundadamente que por lo último.

Otras veces no se causa ménos efecto poniendo una suspension aunque sea momentánea, para cambiar el orden lógico en los miembros del discurso. Egemplo del orden natural: *Los grandes, benéficos y asables pueden gozar de las dulzuras de la amistad, que son el mayor bien de la vida humana.*—Orden oratorio: *Los grandes, benéficos y asables pueden gozar del mayor bien de la vida humana: si... de las dulzuras de la amistad.* Aquí vemos tambien una especie de sustentacion previniendo el ánimo del oyente ántes de declararle el objeto á que se dirige el pensamiento, que es la *amistad*. Concluirémos con otro egemplo de inversion artificiosa. Dícese por el orden natural: *Vemos aquellos soberbios Califas, cobardes sucesores de Mahoma, temblar en medio de su grandeza.*—Orden oratorio: *Vemos aquellos cobardes sucesores de Mahoma, aquellos soberbios Califas, temblar en medio de su grandeza.*

De la claridad.—Si es cosa reprehensible en las personas de autoridad aquella demasia y cuidado de hablar mas oscuro que el comun modo de esplicarse los hombres de buena razon; tambien deberá reprobarse en los mismos oradores: pero tampoco han de ser semejantes estos á los discipulos de Isócrates, que envejecian en las escuelas; de los cuales solia decir Caten el viejo, que

la elocuencia que aprendian, era para servirse de ella en el otro mundo.

En todas las cosas se ha de guardar una mediania; y en las obras del ingenio, como en las del arte, muchas veces daña la demasiada diligencia. De esto es buen egemplo aquella gloria que Apeles se atribuyó, cuando, admirando y engrandeciendo cierta obra que Protógenes habia hecho con mucho esmero, dijo: *Paréceme que en todo somos iguales; bien que yo todavia le hago ventaja, porque él nunca sabe levantar las manos de la obra.* Calimaco, pintor y escultor famoso, oscurecia gran parte de la gracia en sus obras con el estremado cuidado que en ellas ponía; y así decian de él comunmente: *que el mismo era su reprensor y calumniador, pues no sabia cuando podia darlas por acabadas.*

La verdadera elocuencia reprueba las locuciones afectadas que enervan y confunden el estilo, y las sentencias enmarañadas y oscuras, que aparentan gran significacion, y nada dicen. Las frases no han de ser revueltas ni forzadas, sino llanas, abiertas, y corrientes, que no hagan dificultosa su inteligencia. Con esta claridad suave y fácil, y con esta tersura, acompañada de la fuerza de las imágenes y afectos, reluce mas la hermosura y grandeza de la elocucion.

Los vicios contra la claridad del estilo son varios, y proceden de diferentes causas. Hay algunos escritores que, queriendo parecer profundos, se hacen oscuros, no presentando á la razon un sentido perceptible. En este vicio caen todos aquellos que entran á tratar de la materia que no entienden, cuya espresion es siempre oscura; porque ninguno puede manifestar clara, limpia,

y distintamente sino la idea que concibe con claridad, limpieza, y distincion. Por esto vemos en las composiciones de los jóvenes retóricos, tanta confusion y oscuridad, en medio de tanta vaciedad declamatoria. Y ¿ como es posible que escriban bien los que no han tenido tiempo aun para aprender á discurrir?

Otros hay que, buscando la brillantez, caen en la oscuridad, cuando espresan con términos demasiado figurados y esquisitos lo que solo pide natural simplicidad. Así acontece á los que, sin haber estudiado los buenos dechados de elocucion, ni analizado el gusto puro y natural, pretenden distinguirse por un estilo relumbrante, y se deslumbran á sí mismos, porque es muy consiguien- te que juzguen del mérito de su composicion por el trabajo que les ha costado.

Otros, en fin, por afectar brevedad, se hacen oscuros. En este vicio caen los conceptistas que toman lo misterioso por lo conciso, truncando los ligamentos del cuerpo de la oracion, y haciendo de cada trozo un miembro separado. Tal es la muestra de este amartillado estilo en un discurso moral de Jacinto Polo de Medina, ingenio murciano: *En los delitos importa castigar al primero. No quiere castigar á muchos quien á uno castiga. Delinquentes busca el que al primero perdona. Una severidad es piedad para todos. El miedo es castigo de no hacer culpas. Mejor es tener á los hombres buenos que enmendarlos.* De este vicio, que cundió mucho entre nuestros escritores morales del siglo decimo séptimo, adolecen los franceses de estos últimos tiempos, en cuyas composiciones parece que leemos el sumario de un libro segun la estrechez y rompimiento

de sus períodos. La impaciencia y ferosidad del mando militar, habrá acaso comunicado su dureza á las letras.

Una de las calidades del estilo oratorio en general es la perspicuidad, aquella espresion limpia, despejada y luminosa, que hace visibles nuestras ideas al mayor número de los oyentes ó lectores. Esta calidad consiste en disponer de tal modo los conceptos que concurren á probar una verdad, ó esclarecer una proposicion, que se hagan, si es posible, comprensibles á todos. Por esto el orador allanará el camino en los asuntos de suyo árdulos y profundos, formando, como si dijésemos, un canal de comunicacion entre sus pensamientos, y la capacidad de su auditorio: porque toda idea muy nueva ó muy peregrina, es como la cuña que no puede hender por el lomo.

No basta que las ideas sean claras y grandes, si la espresion que debe manifestarlas no es despejada y enérgica. Y como las palabras son imágenes de nuestros conceptos, estos serán oscuros siéndolo aquellas, es decir, siempre que su significacion no sea ajustada al objeto, ó que por su estension pueda acomodarse á otros. De esta inexactitud nacen otros vicios, cuales son, ya el sentido ambiguo, ya el equívoco de los términos; y como lo equívoco de estos se comunica á la idea, la oscurece y desfigura.

Y aunque la oscuridad que procede de las cosas y de la doctrina, puede en algunas ocasiones dar gravedad al asunto: no debe oscurecerse mas con las palabras, pues basta la dificultad de las cosas. Y así la claridad que nace de las palabras, y de su testura y ligazon, debe ser suelta, libre, y luciente; no forzada, no áspera, y despedaza-

da, ni intrincada. Por tanto deben huirse las voces peregrinas, las oscuras, las muy nuevas, las desusadas, las muy antiguas, como lo trataremos mas adelante, y las de sentidos dudosos que llamamos ambiguas. De dos causas pues, procede la ambigüedad de la sentencia; ó de la mala eleccion de las palabras; ó de su mala colocacion.

No solo por estremada brevedad se hacen oscuros los conceptos, mas tambien por los difusos rodeos de términos monótonos y uniformes que fatigan y derraman la atencion del oyente, de manera que las ideas se presentan menos claras y vivas al entendimiento, y es muy débil su impresion en el ánimo. No por otra causa se pide á un escritor variedad en el estilo, y ligereza y rapidez en la frase. Por el mismo motivo se le exige tambien precision en el estilo, porque la espresion mas corta, siendo propia, es siempre la mas clara; y todo aquello que se le añade, perjudica á la energia y solidez.

¿Porqué, pues, se exige en toda composicion, pureza, correccion, naturalidad, facilidad y sencillez, sino porque estos requisitos conspiran todos á la claridad? Y ¿porqué, los escritores que producen sus conceptos con vivisimas imágenes gustan tanto, sino porque haciéndolos mas perceptibles, los hacen mas claros?

En fin, este espíritu de claridad y de perspicuidad no es sino el talento de saber acertar las ideas unas á otras, de enlazar las mas conocidas con las que lo son menos, y de representarlas con las espresiones mas adecuadas y precisas.

De la naturalidad.—El estilo natural nos encanta, y con mucha razon, porque, como dice cierto filósofo, esperamos hallar un autor, y ha-

llamos un hombre. Pierde gran parte de su mérito la espresion mas espléndida cuando en ella se descubre el estudio, porque el esmero nos manifiesta que al escritor le ocupa mas el deseo de su aplauso que el asunto que trata. Y como toda afectacion en el decir daña tambien á la espresion del sentir, necesariamente ha de padecer la verdad.

Para conocer si el estilo tiene aquella preciosa naturalidad, que suele por esto ser tan rara, pongámonos primeramente en el lugar del autor; y suponiendo que hubiesemos de declarar el mismo pensamiento, probemos si, sin esfuerzo ni esmero, lo espresaríamos del mismo modo. Una persona vulgar, teniendo que producir un afecto noble, se espresará con un adorno estudiado, porque solo un ánimo grande halla dentro de sí los sentimientos sublimes. Esta es la causa, como hemos dicho en otra parte, porque los rasgos verdaderamente elocuentes son los mas fáciles de traducir de un idioma á otro, porque la grandezza de un pensamiento subsiste siempre de cualquier modo que se presente, y no hay idioma que se niegue á la espresion natural de los afectos sublimes.

Á veces en medio de una cierta desigualdad y desorden del estilo se caen de la pluma del escritor algunos conceptos magníficos que, sueltos y separados de este modo, reciben mayor brillo y realce. Así sucede que, cuando á una espresion sencilla se junta un pensamiento sublime, nos admira mas el orador, porque es realmente grande sin parecerlo.

Conviene aquí que distingamos la *naturalidad* de la *sencillez*. Lo sencillo nace del asunto, y

por consiguiente nace sin esfuerzo; pues lo inspira solo el afecto, y no la reflexion. Así podremos decir que todo pensamiento sencillo es natural: mas no todo el que es natural es sencillo. Este es el que menos debe al arte, y así no puede sujetarse á reglas. Y aunque lo natural pertenece tambien al asunto, no se descubre sino con la reflexion, y solo se opone á lo afectado. Por esto la pureza de este estilo condena los equívocos, los retruécanos, las paranomásias, las paradojas, los antítesis, todos los conceptos y agudezas ingeniosas, y cuanto hace violencia á la naturaleza y á la razon.

La simplicidad, que es propia del estilo infimo, pues pone delante de los ojos lo que se trata, sin causas ni circunstancias, difiere de la pureza, que viene á ser desnudez cuando no se mezcla en ella ornato alguno. Esta es muy comun á la forma y estilo, pero no ha de ser continuada, porque algunas veces parece trabajada y compuesta. La diction pura es diversa de la propia, porque la propiedad debe estar siempre en todas partes. La oracion pura es en dos maneras; ó toda propia y sin que se halle en ella alguna cosa peregrina; ó toda limpia, y sin que se descubra y halle en ella alguna fealdad. La peregrina es en dos modos: ya en las palabras cuando uno greceiza ó latiniza en castellano; ya en la contestura y trabazon de las palabras.

De la facilidad.—No basta que el estilo sea claro, puro, y natural; debe tambien ser fácil, es decir, que no descubra trabajo y detenida lima. Entre las principales gracias de Ciceron se cuenta la facilidad de su estilo, donde, si alguna vez se trasluce algun estudio es en la colocacion

de las palabras para componer la armonía. En la manera de hablar de los príncipes se tiene por gran virtud la facilidad, y que sea desnuda de toda afectacion. Por tanto deben huirse las palabras peregrinas, las oscuras, las muy nuevas, las envejecidas, y las de sentido ambiguo, como hemos dicho ya hablando de la claridad.

No porque sea reprehensible la oscuridad y dureza, ha de descender la oracion á tanta facilidad que pierda los números y la dignidad conveniente. En esta flaqueza caen algunos que piensan acabar una grande hazaña cuando escriben de la manera que hablan; como si no fuera diferente el descuido y llaneza que admite la conversacion comun, de la atencion que pide el artificio y diligencia del escritor. Á este propósito dijo oportunamente Ciceron en su tratado del orador: *Usun loquendi Popolo concessi; scientiam mihi reservavi.* No se condena la facilidad, sino la afectacion; porque singular virtud es el decoro libre y claro, sin cansar al oyente con dureza y oscuridad. Y no se puede negar que regala mucho al sentido el ver que ningunas ligaduras ó vínculos impiden al pensamiento que se descubra con delgadeza y facilidad. Mas tambien ¿quien no conocerá el poco espíritu y vigor, la humildad y bajeza en que cae el que lo consigue? ¿Y quien podrá oír sin molestia y disgusto palabras desnudas de grandeza y autoridad cuando importa presentarla? Hay muy desigual diferencia de escribir de modo que la oracion fuerze á la materia, á que la materia fuerze á la oracion. Y en esto se conoce la distancia que hay de unos escritores á otros; porque la lengua, los pensamientos, y las mismas figuras que ilustran la

oracion y la vuelven espléndida y generosa, no siempre siguen á la destreza, y felicidad de la composicion.

El principal cuidado del orador ha de ser que claramente y á su tiempo esprima los conceptos y movimientos de su ánimo; lo cual tanto será en él mas de alabar, quanto ménos deseo y cuidado mostráre de quererlo hacer. No pretendo con esto en el que se dedica al arte de bien decir aquella negligencia y desaliño que toca en familiar; ni aquella demasia y cuidado en pulir y retocar la oracion, para hablar algo mas oscuro que los demás, sin dejar nunca satisfecho su deseo.

De la variedad.—No es menos necesaria la variedad en la espresion que la precision y claridad, para no fastidiar la atencion del oyente. Los hombres gustan de ser conmovidos: así todos solicitan objetos nuevos que les esciten diferentes sensaciones. Hasta el perezoso negro se tiende á la orilla de un arroyo para divertir y entretener su ánimo con la vista del curso de las ondas; y la continua inquietud de la agitada llama nos hace apetecer la lumbre de la chimenea, que nos sirve de compañía.

No basta que una composicion sea nueva en la traza; debe serlo, si es posible, en todas sus partes. El lector quisiera sentir en cada cláusula, en cada periodo, en cada línea, en cada palabra, una nueva impresion, porque es cosa esperimantada que la elegancia, la correccion, y la misma armonia llegan á cansar, si no se mudan las imágenes, ó las ideas, con las espresiones.

Si la parte de una pintura que se nos descubre, fuese semejante á la que acabamos de ver; este objeto seria realmente nuevo sin ser diferen-

te, ocuparia la vista sin deleitarla: porque toda hermosura, así del arte como de la naturaleza, no es bella sino por el placer que nos causa, y por esta razon es necesario que sea variada, escitando en cada nuevo aspecto una nueva afeccion, y en ella un nuevo deleite. Por esto los que quieren enseñar deleitando, modifican lo mas que pueden el tenor siempre uniforme de la instruccion.

Se hace insoportable toda larga uniformidad, así al sentido de la vista, como al del oido. La repeticion de la misma palabra en un corto espacio del discurso, el mismo orden y círculo de periodos mucho tiempo continuado, cansan en cualquiera composicion, del modo que los números y cadencias repetidas en poesia. Igual efecto experimentaríamos el que caminase una jornada entera entre dos filas rectas de álamos, rendido su espíritu de tristeza y fatiga; al contrario de otro que atraviesa elevadas sierras, y torcidas sendas, embelesado entre aquella variedad deliciosa de situaciones y puntos de vista que encantan al caminante.

Hay, sin embargo, estilos que parecen variados, y no lo son; y otros que lo son, y no lo parecen. El estilo matizado de florecitas y conceptillos, bordado de menudas sutilezas, énfasis y antítesis delicados como una tela de aljófares, oscurece el discurso por su misma confusion. Comparémosle á un edificio de orden gótico que por la variedad, y enredo de sus laborcitas y pequeñez de sus adornos, es un encanto á la contemplacion, y un enigma á los ojos. Al contrario, el estilo tejido de frases claras, periodos llenos, términos nobles y sencillos, magníficas transiciones, y grandes imágenes, deleita á los hom-